

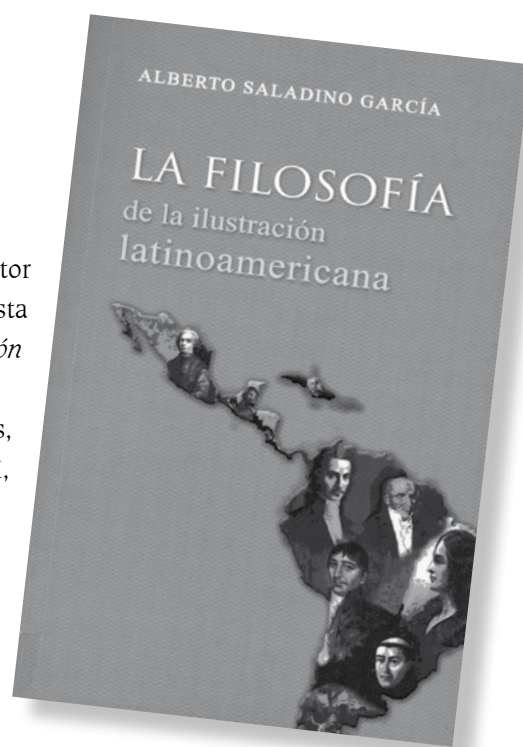
Filosofía de la Ilustración latinoamericana de Alberto Saladino García

Alberto Saladino García, maestro y doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM, nos ofrece, en esta ocasión, un espléndido libro intitulado *Filosofía de la Ilustración latinoamericana*, editado por la UAEM (2009).

Como bien lo señala el autor ya desde las primeras páginas, esta filosofía latinoamericana que se gestó durante el siglo XVIII, en plena época de la Ilustración,

abrió senderos para fomentar el pensamiento crítico en un medio cultural ciertamente poco propicio para ello; ancló sus reflexiones en el suelo americano, por lo que nació determinada por la realidad, a la cual buscó desentrañarle su sentido, convirtiéndose en instrumento para trascenderla; con ello desembocó en una suerte de filosofía de la liberación al participar del fortalecimiento de la conciencia patria y, sobre todo, porque sentó las bases de la génesis del ser latinoamericano, al renovar las preocupaciones humanistas. (Saladino, 2009: 8)

En realidad, esta explicación introductiva es de gran riqueza conceptual porque nos proporciona los términos centrales que se irán desarrollando



Alberto Saladino García,
Filosofía de la Ilustración latinoamericana,
Toluca, UAEM, 2009, 244 pp.

a lo largo del texto, tales como: la realidad americana, su sentido, el hecho de devenir en una filosofía de la liberación; el fortalecimiento de la nacionalidad y de la identidad latinoamericana, así como la renovación de las preocupaciones humanísticas que se desarrollaron entre nuestros pensadores y que tan acertadamente se exponen en esta obra.

A través de nueve capítulos —los cuales pueden leerse de manera independiente—, el autor da cuenta de los diversos aspectos que intervinieron en la conformación de la filosofía latinoamericana en este importante periodo histórico de la Ilustración, que coadyuvó, de manera decisiva, a la liberación e independencia de los pueblos que José Martí englobó con la denominación de “Nuestra América”.

A continuación se reseña, de manera sucinta, los apartados que configuran el libro:

El primer capítulo denominado “La Ilustración” proporciona una visión sintética y fundamental de lo que significó la Ilustración en Europa, sus orígenes, sus principales tendencias filosóficas, representantes y repercusiones históricas.

Señala que la connotación etimológica del término ilustración proviene del latín *illustratio* “que expresa de manera fiel el ambiente y sentido en el cual fue empleado”. En general, su contenido llegó a ser el soporte de toda acción de ilustrar.

Los filósofos de esta época “colocaron a la razón como principal criterio para fundamentar el progreso del conocimiento”, cuestionaron el principio de autoridad en todos los ámbitos sociales. No se trató —aclara el autor— de un fenómeno espontáneo, sino que fue el resultado de diversos factores y fuentes donde prevalecieron corrientes filosóficas como el empirismo y el racionalismo, y donde destacaron los aportes de filósofos como Bacon, Descartes, Locke, Newton y Kant.

Es preciso observar —como lo anota Saladino— que los intelectuales y científicos de

la Ilustración promovieron valores que han dado identidad a la época moderna, contribuyendo a renovar los cimientos políticos, económicos y morales de la humanidad. La Ilustración, tal como se vislumbra en la filosofía de Kant, excluyó los ámbitos de la especulación metafísica, renunció al espíritu de sistema y cuestionó las verdades absolutas. En fin, como recapitula el doctor Saladino, la Ilustración “se erigió ante todo en una concepción del mundo y de la vida. Fomentó una imagen dinámica. Su fundamento provino de la prioridad que otorgó a la razón como guía de conducta, esclarecedora del presente y fundamento para el progreso” (Saladino, 2009: 19).

En cuanto a sus repercusiones, la Ilustración incidió en diversos planos: en el ámbito del conocimiento permitió consolidar la ciencia moderna; en lo económico aportó elementos culturales para la contextualización y desarrollo de la Revolución Industrial; en el aspecto religioso contribuyó al respeto o tolerancia de diferentes creencias, y en la esfera política debe señalarse que los impulsos de la Ilustración fueron los padres intelectuales de la Revolución Francesa que en los territorios latinoamericanos fueron los inspiradores de las luchas independentistas promovidas por los criollos.

El segundo capítulo: “Arraigo de la Ilustración” analiza el proceso de inmigración y cultivo de los valores modernos entre los pensadores laicos y religiosos europeos y latinoamericanos que contribuyeron a conformar la filosofía latinoamericana con sus diversas aportaciones. Plantea cuestiones de capital interés tales como: ¿cuándo empieza a hablarse propiamente de Ilustración en las sociedades coloniales latinoamericanas?, ¿cómo se llega a consolidar?, ¿cuáles son los contenidos que vertebran el cultivo de la filosofía de la Ilustración?

El autor, efectivamente, asienta que hubo un movimiento ilustrado de gran aliento en

los futuros países latinoamericanos (entonces colonias bajo el dominio ibero), que, aunque tuvo sus fuentes en la vieja Europa, se presentó con características propias. En el marco de las reformas borbónicas tuvo cobijo esta Ilustración latinoamericana, las cuales fueron más allá de lo administrativo y burocrático, acabando por promover una verdadera renovación cultural donde la filosofía jugó un papel importante. Así, como acota el autor, las manifestaciones de renovación cultural cristalizaron en España como en América con la apertura o renovación de instituciones educativas y artísticas, asimismo con la proliferación de sociedades culturales y gremiales.

En este proceso de arraigo que tuvo la Ilustración en tierras americanas, el autor no desatiende la influencia que ejercieron los textos y publicaciones importados que, finalmente, se convirtieron en orientadores y catalizadores del espíritu de renovación filosófica y cultural.¹

Se destaca que varias publicaciones que se gestaron en la época enfatizaron la singularidad de la Ilustración latinoamericana, estimularon la investigación científica y rebatieron los prejuicios que se venían tejiendo en torno a la realidad americana.

A partir del tercer capítulo, el autor nos va introduciendo en los entresijos de la filosofía latinoamericana en la época de la Ilustración, de su naturaleza, de sus problemáticas, de sus notables sujetos y hallazgos. De esta manera, este apartado se ocupa de los “Filósofos de la Ilustración Latinoamericana”.

Se destaca el interés que estos filósofos tuvieron por explicar la naturaleza. Fueron, en general, filósofos naturalistas que además “practicaron la filosofía como una actividad intelectual orientada a otorgar la

fundamentación racional de todo tipo de saber” (Saladino, 2009: 66).

Por otra parte, se puntualiza el carácter innovador que revistió la filosofía latinoamericana al contacto con los logros de la modernidad y su incidencia en la praxis, fundamentalmente en la educación en franca pugna contra el escolasticismo y la enseñanza tradicional y memorística que por entonces se impartía. No obstante, las críticas dirigidas contra la escolástica durante este periodo, el autor repara en el carácter ecléctico o selectivo que informó al filosofar latinoamericano del siglo XVIII, mismo que permitió, de alguna forma, combinar los aspectos tradicionales con los modernos, el cristianismo con la modernidad.

El cuarto capítulo intitulado “Concepción de la Filosofía” es fundamental para comprender y conceptualizar la filosofía latinoamericana en la época Iluminista. Trata de recuperar el campo semántico de la reflexión filosófica en el contexto de la época, el cual revela “una inquietud por trascender la actividad anquilosada del escolasticismo” (Saladino, 2009: 81). Es, sin duda, sintomático el hecho de que la emergente ciencia fuera el parámetro para determinar el criterio de verdad utilizado por los pensadores latinoamericanos. Otro rasgo moderno que invistió a la filosofía fue la sustitución del latín por el uso del castellano en la enseñanza y exposición de los temas científicos y filosóficos, y, asimismo su carácter crítico, contestatario, acorde con el racionalismo heredado de la Ilustración; su carácter propedéutico y globalizante que acabó por redimensionarla como una protociencia o “madre de las ciencias”, y al filósofo como portador y generador de los avances de la época. Al respecto son ilustrativas las opiniones de Juan de Benito Díaz de Gamarra que nuestro autor recoge con acierto: “Quienes se glorían del nombre de filósofos deben de estar de tal manera informados por el deseo de buscar la

1 Entre los periódicos que se publicaron en la época el autor cita, por ejemplo, *El Mercurio Peruano*, *El Redactor Americano*, *El Mercurio Volante*.

verdad [...] no deben jurar por la palabra de ningún maestro”.

Así, pues, a diferencia del sentir de nuestra época, el filósofo latinoamericano del siglo XVIII, tal como lo muestra Saladino es “el pensador por antonomasia, casi el funcionario de la humanidad, puesto que históricamente había asimilado como actividades inherentes transmitir el arte de razonar, desentrañar las verdades de la naturaleza, escudriñar el ser de cuanto existe, pero sobre todo crear horizontes de realización humana” (Saladino, 2009: 97). Creemos que nunca, como entonces, se le había concedido a la filosofía tanta importancia y dignificación.

Los siguientes capítulos, a partir del quinto —con excepción del último— abordan la forma como se desarrollaron y trataron las diversas disciplinas filosóficas por los filósofos latinoamericanos del siglo XVIII. De este modo, el capítulo quinto analiza la teoría del conocimiento. Los científicos y filósofos de estos años hicieron eco del problema del conocimiento a partir de la explicación de su origen mismo. “Orientaron sus esfuerzos a la elaboración de directrices para respaldar el conocimiento científico” (Saladino, 2009: 100), y lo que es muy importante deslindaron el conocimiento del principio de autoridad divina, adecuando los estudios filosóficos con los progresos de la ciencia. Gracias a ello, “la filosofía fue transformada en saber promotor de conocimientos científicos, por una parte, y empleada como propedéutica para su comprensión, por otro” (Saladino, 2009: 104). La teoría del conocimiento, al nutrirse de la ciencia de la época con sus herramientas metodológicas de observación y experimentación permitió coadyuvar en la comprensión de la naturaleza y en la búsqueda de sus aplicaciones para beneficio social. En este capítulo el autor retoma la importancia que en la Ilustración —y ya desde los siglos XVI y XVIII con Bacon y Descartes— tuvo la

filosofía del método y como parte de ésta la validación epistemológica del conocimiento que fue “para los ilustrados latinoamericanos una preocupación central, mediante la cual lograron abrir brecha para consolidar el estudio y ampliación del conocimiento del mundo con apoyo de los procedimientos metodológicos innovadores” (Saladino, 2009: 117).

Junto a la teoría del conocimiento se aborda el caso de la lógica considerada como “instrumento del nuevo saber”, la cual ocupó un lugar central como medio para desenvolver conocimientos racionales. Sorprenden los intentos de los ilustrados latinoamericanos del siglo XVIII por modernizar la lógica como lo demuestra el caso de José Celestino Mutis, referido en este libro, quien pugnó por una matematización de esta disciplina, además de considerarla como una materia imprescindible de la actividad científica. Otros innovadores de la lógica estudiados en este capítulo y cuyas aportaciones resultan significativas son: Juan Benito Díaz de Gamarra, José Antonio Alzate, José Félix Restrepo, entre otros.

La ligazón de la lógica con la actividad científica pone de relieve el que esta filosofía latinoamericana del siglo XVIII sea concebida, sobre todo, como una filosofía de la ciencia donde descollaron un cúmulo de pensadores como: José Antonio Alzate, Francisco José de Caldas, Eugenio Espejo, Domingo Juarros, Antonio León y Gama, José Celestino Mutis, Tomás Romay e Hipólito Unanue.

En el capítulo séptimo se aborda sobre la metafísica, la cual siguió constreñida, en cierta forma, a los cánones de la tradición escolástica ya que “fue imposible despejarla de la dependencia teológica”, no obstante, sus tópicos “fueron ubicados por los filósofos modernos latinoamericanos como saberes instrumentales para la preparación de la práctica de la libertad de pensamiento” (Saladino, 2009: 135). Esta disciplina emblemática en

la época colonial comprendió el estudio de la ontología, la neumatología, la psicología, la teología natural, así como la concepción del mundo o cosmología.

El caso de la ética y los valores es trasunto del séptimo capítulo. Aquí, el autor muestra cómo la ética, entre los filósofos latinoamericanos del siglo XVIII, fructificó en la producción de una verdadera revolución de conciencias en una nueva cultura. Advierte que la “filosofía moral no se redujo de la actividad académica, pues trascendió el ámbito teórico con el cual se identifica tradicionalmente a la filosofía, ya que tuvo impacto en diversas manifestaciones de la vida social” (Saladino, 2009: 158).

Aunque, de acuerdo con el espíritu ecléctico que anima a la filosofía de la época, la ética que se enseñaba y practicaba reforzaba el *statu quo*, contuvo gérmenes para su superación al ventilar el deber y las obligaciones jerarquizadas como asuntos públicos, coadyuvó a la crítica de la postración de la educación y a proponer su reencauzamiento. “Los valores morales fueron tomados como referencias ineludibles para respaldar el desempeño de las más diversas funciones sociales” (Saladino, 2009: 176). Hecho significativo que muestra los avances de la ética en este crucial periodo es la edición, en 1793, de los *Derechos del hombre y del ciudadano*, por el neogranadino Antonio Nariño; con la divulgación de esta obra, “se había llegado al punto de inflexión que justificaría, además del inicio de las luchas independentistas, la posibilidad de forjar un nuevo hombre, porque la filosofía de la Ilustración latinoamericana había sentado las bases de una profunda y verdadera revolución cultural” (Saladino, 2009: 178).

Otra importante disciplina filosófica que ocupó las mentes de los filósofos latinoamericanos de la Ilustración fue la antropología filosófica, la cual es asunto del octavo capítulo. El tema del hombre fue recurrente en la época Colonial. A juicio de

Manuel María Corriño y Ardvengo “la ciencia del hombre es el conocimiento de sí mismo”. La filosofía de la Ilustración latinoamericana conformó una verdadera antropología filosófica y esto se debió a circunstancias históricas que se inscriben en la polémica sobre la humanidad de los indígenas. “Las descalificaciones de la producción cultural de los americanos fueron persistentes durante todo el periodo colonial por parte de los europeos, pues su principal motivación consistió en justificar el estado de dominación” (Saladino, 2009: 182). Dicha justificación tuvo como contrapartida la elocuente reacción de nuestros pensadores en diversas etapas de la historia y cobraron expresión en Fray Bartolomé de las Casas, Garcilaso de la Vega, Sor Juana Inés de la Cruz, Carlos de Sigüenza y Góngora y en los jesuitas innovadores del siglo XVIII.

Como respuesta a los cuestionamientos en torno al hombre y la naturaleza americanos por parte de los europeos, se asistirá al surgimiento del humanismo latinoamericano cuya función “consistió en fundamentar el paso de la dominación a la liberación, con lo que aparecieron las bases de la constitución del ser del latinoamericano” (Saladino, 2009: 189).

El humanismo latinoamericano fraguado en la Ilustración contribuyó poderosamente a reivindicar al hombre de estas tierras y a romper su dependencia. Humanistas como Francisco Xavier Clavijero sostenían, por ejemplo, que “las almas de los mexicanos en nada son inferiores a las de los europeos” (Saladino, 2009: 198), al propio tiempo que propugnaba “como derechos de los indígenas la igualdad y la justicia social. Por ello su humanismo alcanza plena expresión al sustentar la esencial igualdad de todo hombre, incluido el indígena” (Saladino, 2009: 199).

El capítulo noveno culmina con una consideración sobre la “Dialéctica de filosofía de la Ilustración y la Revolución” que en realidad

es una especie de hilo conductor que vertebra toda la obra porque, como aclara el propio autor, la Ilustración proporcionó las directrices teóricas de las luchas de emancipación colonial y la revolución buscó concretar sus principios y valores mediante la consecución de la independencia y el consecuente diseño de las naciones latinoamericanas.

Filosofía de la Ilustración latinoamericana es un libro que por la manera en que profundiza el tema —agotando prácticamente sus posibles vertientes, y apoyándose en un amplio acervo de fuentes— permite comprender exhaustivamente una etapa histórica tan decisiva en el desenvolvimiento de la filosofía latinoamericana, una filosofía que asimiló los valores y principales directrices de la modernidad haciéndolos efectivos en el proceso de liberación política y espiritual de nuestros pueblos.

Esta obra, sin duda, alcanzará el rango de clásica para todo estudioso de la filosofía de este innovador periodo de la historia. LC

